

Daive Morosinotto



LA FLOR  
PERDIDA  
*del*  
CHAMÁN  
*de*  
K

Un increíble viaje de los Andes a la Amazonia

bam  
bú

Traducción de Melina Márquez

Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *Il fiore perduto dello sciamano di K*

© 2019, Davide Morosinotto, por el texto  
© 2022, Melina Márquez, por la traducción  
© 2022, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Paolo Domeniconi  
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2022  
ISBN: 978-84-8343-824-4  
Depósito legal: B. 11179-2022  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, SL  
Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este libro  
procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Las ilustraciones de las páginas 11, 12-13, 125, 126-127,  
255, 256-257, 364-369, 382-397, 407 y todos los símbolos  
zoomórficos que abren los capítulos son de Andrea  
Guerrieri.

Los elementos gráficos y fotográficos de cubierta  
e interior del libro tienen licencia de Shutterstock.

El desarrollo gráfico es de Stetano Moro.

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta  
obra solo puede ser realizada con la autoriza-  
ción de sus titulares, salvo excepción prevista  
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de  
Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si ne-  
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de  
esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 /  
/ 93 272 04 45).

Estoy a punto de morir. Esta es la verdad.

Y tú lo sabes mejor que nadie.

Solo tengo cuantos doce años..., ha sido difícil para mí aceptarlo. He tenido que ser valiente. Pero ahora mi cómo se dice cuando estas en crisis preocupación es otra, la de no conseguir llegar hasta el final.

Porque (tú también sabes esto) es una historia larga y complicada esta, y se entreteje como esas así cestitas de *chambira* que la vieja tejedora intentó enseñarnos mientras nos llenaba la cabeza de esas que se cantan canciones y leyendas de la jungla y yo lloraba por mi pobre walkman, que ya no funcionaba.

En fin. Espero conseguir hacer. bueno, en fin, conseguir llegar hasta el final, justo hasta el final.

Si pudiese te dejaría la como cuando tienes algo que hacer... tarea, es más, estaría bien porque así terminaríamos antes... Pero creo que tú aún no las oyes. Las voces, digo. No las oyes. Sin embargo, yo sí. Así que me toca a mí hacer ¿cómo se dice?

Y lo intento.

Pero tú no me dejes. Quédate a mi lado.

¿Lo prometes?

Tú y yo, como siempre.

Juntos hasta el final.



Aquella noche fui a cazar a la selva.  
Corrí durante horas en la oscuridad y entre  
los árboles, hasta que llegué a una roca que  
dominaba la llanura.

En lo alto vi a un cóndor de la selva,  
sus plumas eran estrellas de plata.

El pájaro me picó y gritó:

-¡Está comenzando! ¡Está comenzando!

-¿El qué, cóndor?

-La historia. Comienza en un lugar lejano.

Tres espíritus los protegerán,  
pero les aguardan muchos peligros.

No conseguía entender nada.

-¿De qué estás hablando?

El cóndor no respondió, se fue volando  
rápidamente, como un pensamiento olvidado.  
Me quedé a solas y lancé mi rugido a la luna.



Cuando entramos en los Barrios Altos, el conductor subió las ventanillas y bloqueó las puertas. El calor se volvió asfixiante y, después, llegó el silbido del aire acondicionado.

El señor Tanaka sonrió. Mi madre, en cambio, me apretó la mano.

Se llama Outi, que es un nombre finlandés, porque somos de allí. En cambio, el señor Tanaka es japonés y es el secretario de mi padre. Aquella mañana debería haberme acompañado él (en el último momento hubo un problema en la embajada y no pudo).

Mamá se enfadó mucho y también estaba nerviosa ahora porque murmuró:

–Bloquear las puertas del coche... ¿es realmente necesario? Me agobia.

–Este es un distrito peligroso –explicó el señor Tanaka–. Pero según el profesor De la Torre tiene el mejor hospital neurológico de todo Perú.

Mamá se quedó callada, pero yo sabía que no estaba contenta. La idea de que su hija Laila, es decir, yo, fuera ingresada en un hospital peruano no le hacía mucha gracia. Si hubiera sido por ella, me habría montado enseguida en un avión con destino a Europa, o a Estados Unidos, donde tenían *los mejores tratamientos*.

Pero De la Torre había insistido. Había venido muchas veces a visitarme a casa, a hacerme un montón de pruebas, y ahora era necesario ingresarme. Era el director del Santo Toribio de Lima y había prometido que allí, con él, estaría en muy buenas manos.

Al final, mis padres se convencieron, quizá porque el profesor tenía razón o porque mandarme al extranjero era un riesgo para la carrera de mi padre (nuestra familia tenía *responsabilidades*).

Mientras tanto, yo miraba la calle, los coches con las ventanillas bloqueadas, las casuchas destartadas, las caras que me observaban desde la acera.

Tenía miedo, por eso me agarré más fuerte a mi adorado bolsito de tela con ositos bordados. Sí, ya sé que era demasiado mayor para una cosa así, pero era mi amuleto y siempre lo llevaba conmigo. Dentro había tres libros que el señor Tanaka había elegido para mí, escritos en las tres lenguas que conozco. Uno en finlandés, que es la de mis padres. Uno en inglés, que me enseñan en la escuela. Y uno en español, que aquí en Sudamérica hablan todos (más o menos).

Por otro lado, el señor Tanaka custodiaba la maleta de cuero con mis otras cosas: el cepillo de dientes, el jabón y el champú de lavanda, un par de pantuflas, ropa interior, dos camisones azules y tres pijamas también azules porque es mi color favorito.

Todos esos libros y pijamas eran necesarios porque iba a quedarme en el hospital bastante tiempo.

–No te preocupes –dijo mamá–. Si no te gusta, encontraremos otro sitio.

Parecía estar más asustada que yo.

El coche giró en la calle de las Maravillas y entendí que la pared de la izquierda era la del hospital. En medio se abría un arco con un portón rojo, como una lengua entre una fila de dientes sucios.



–¿Me paro aquí? –preguntó el conductor.

–Ay, no, no –imploró mi madre–. En la acera no. Podrían vernos.

–La señora tiene razón –intervino el señor Tanaka–. Da la vuelta, en la parte de atrás debe de haber una entrada para ambulancias.

Dimos la vuelta en dirección al río, después embocamos la calle Amazonas y allí, efectivamente, había una verja de hierro con dos hombres que montaban guardia.

Se dieron prisa por abrir, quizá impresionados por la matrícula diplomática. Después, entramos a un aparcamiento de cemento. Alrededor, muchos edificios cuadrados, de una planta, con el techo plano.

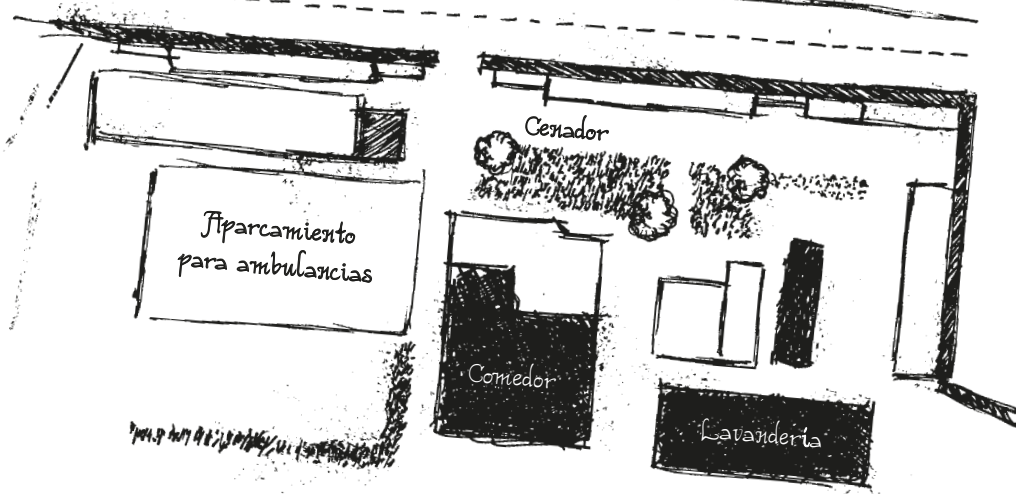
Mi madre parecía muy preocupada. El señor Tanaka, como siempre, sonrió.

–Un momento –dijo.

Levantó el seguro y salió a una vaharada de calor.

Yo aproveché para observar mejor el aparcamiento.

Por el otro lado, un jardín rodeado de un seto bajo de plantas con hojas rojizas y un bonito cenador de buganvillas, justo entre las casitas que formaban el hospital.



Me preguntaba si me darían permiso para salir allí, de vez en cuando, a la sombra.

El señor Tanaka volvió después de un rato con el profesor De la Torre y un séquito de otros médicos en bata blanca.

–Todo va bien –me susurró mamá.

Abrí la puerta del coche y el calor me pareció el aliento de un monstruo.

A la boca del monstruo, Laila, me dije, y salí agarrando fuerte el bolso, que parecía mucho más pesado que antes.

De la Torre me saludó en español, bromeando como si fuera su mejor amiga, mientras los demás doctores asentían en silencio.

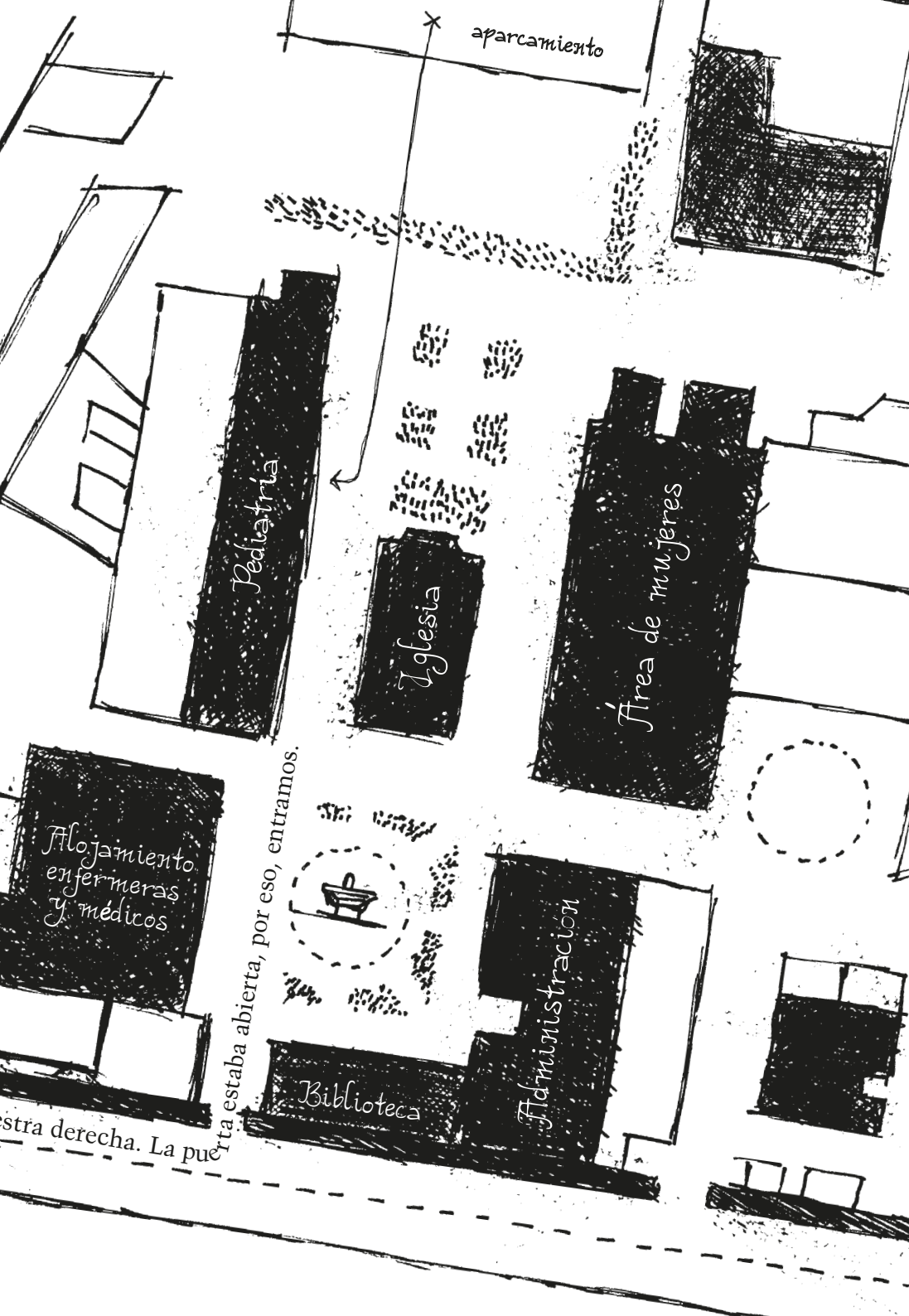
Nos condujeron al patio principal del hospital, donde había muchos parterres con una gran fuente en el centro. Estaba rodeada por un anillo de hierba y por el típico seto rojizo, mientras los demás setos, de boj, estaban tallados con formas curiosas (uno parecía Mickey Mouse).

Los edificios, a ambos lados del jardín, tenían amplias ventanas y pórticos con bancos, mientras que al fondo estaba el tercer edificio con el arco de la entrada por el que mi madre no había querido pasar. Allí delante, otros guardias vigilaban las entradas.

En el cuarto lado del jardín, adonde habíamos ido a parar nosotros, había una capilla con el techo en forma de punta.

–Pediatria está justo aquí –dijo De la Torre, y señaló el edificio a nue





aparcamiento

Pediatría

Iglesia

Área de mujeres

Alojamiento  
enfermeras  
y médicos



Biblioteca

Administración

...stra derecha. La pu

...ta estaba abierta, por eso, entramos.

La unidad de Pediatría era una sola estancia grande con paredes de azulejos azules y dos filas de camas blancas.

En un primer vistazo vi a una niña con la cara contraída en una mueca de dolor, a un niño en silla de ruedas y a una enfermera empeñada en dar de comer a un chico que babeaba sobre la sábana.

Sentí que un nudo me apretaba el corazón. Durante un tiempo viviría allí. Me parecía imposible. Aquel lugar no tenía nada que ver conmigo.

–Quiero irme –murmuré.

Había prometido que no me quejaría, pero se me escapó. Por suerte, mi madre estaba tan alterada que no oyó nada. No obstante, el señor Tanaka sí, él siempre lo oía todo.

Se giró hacia mí con una sonrisa alentadora.

–*Ganbarimasu* –murmuró.

Es una palabra japonesa que significa «hagámoslo lo mejor que podamos», pero también «fuerza» y «afrontemos lo que nos espera de la mejor manera posible». Era un deseo, al fin y al cabo, y lo repetí en voz baja.

*Ganbarimasu.*

Ánimo, Laila, que, de todas formas, ya no hay vuelta atrás.



Entró en el Nido y se quedó allí plantada como un bloque de hielo.

Y quizá lo fuera, con aquella piel tan clara. Tenía en la mano un bolsito de tela y la expresión en la cara de quien se acaba de tragar un ratón.

Que conste que la entiendo. La primera vez que se entra allí, el Nido impresiona. Especialmente en los días «no», cuando Mila tiene toda la cara amorrada hacia la derecha y Carlos se dobla sobre la silla de ruedas como un saco vacío. En cuanto a Bert..., bueno, él siempre impresiona. Está mal hecho. Tiene la cabeza hinchada como un monstruo marino.

La Novata estaba a punto de ponerse a gritar, me había quedado claro por su cara, pero entonces aparecieron detrás de ella sus Ángeles de la Guarda; es decir, una mujer igual de blanca que ella y un hombre con la espalda rígida, pero no así la sonrisa.

—¿Esta es la unidad de Pediatría? —preguntó la Ángela de la Guarda más o menos en español.

—Sí —respondió De la Torre.

—Y ¿no hay habitaciones privadas?

No las había, obviamente.

–Pero ¡los chicos y las chicas están juntos!

–En dos filas separadas –observó De la Torre.

–Debería haberlo dicho antes. Nunca lo habría permitido... Es completamente inaceptable.

Los Ángeles de la Guarda se pusieron a discutir, el profesor De la Torre sugirió que fueran a su despacho. A todo esto, dejaron a la Novata con su bolso, sola solita.

Qué manera más fea de ser recibidos en el Nido.

Yo había visto la escena desde debajo de la cama de Mila, me había escondido para jugar y pensé que podía salir de golpe y vete a saber qué cara habría puesto.

Pero, después, la Novata se giró sobre sus talones y se dirigió de nuevo al patio.

Mientras tanto, desde el despacho del profesor se oía a la Ángela de la Guarda: «Usted lo sabe bien... ¡Es la hija de un diplomático extranjero! ¡No puede dormir en una habitación común!»

Y el profesor: «Es que no hay habitaciones privadas en pediatría.»

Y el Ángel: «¿Quizá podría trasladarla a otra unidad?»

Y el profesor: «No hay habitaciones privadas en ninguna unidad...»

Y la Ángela: «Entonces ¡nos volvemos a casa y seguimos con las visitas privadas!»

Y el profesor: «Señora, este es un barrio con mala fama, de acuerdo, pero el hospital es una isla protegida y todos la respetan. Además, aunque algunos espacios sean viejillos, el personal y el equipo son excelentes. Justo lo que necesita Laila...»

Al final eligieron para la Novata el sitio más alejado de la puerta, ese al fondo de la sala, justo después de la cama de Fortuna. Pusieron alrededor biombos de tela y no le pidieron a la Novata su opinión, pero parecía estar contenta. Quizá

estuviese feliz de no ver a Mila, a Carlos, a Jordi y a todos los demás. De hecho, tras colocar la maleta debajo de la cama, ella y sus Ángeles de la Guarda salieron enseguida al jardín.

Durante el tiempo que duraron todas esas operaciones, nosotros permanecemos callados como hipnotizados, pero en cuanto se fueron, comenzó la cháchara de siempre del Nido.

–Según vosotros, ¿de quién se trata? –preguntó Cisco.

–Una Princesa... –murmuró Mila.

–Para ti todas son princesas –dije yo–. Sin embargo, ya habéis oído a la Ángela de la Guarda. Es la hija de un diplomático extranjero.

–¿Qué es un *pipplomático*?

–Carmelita, déjalo, te lo contamos otro día...

–Según vosotros, ¿habla, igual, habla, como nosotros, habla? –preguntó Jordi.

Esa era una buena pregunta. Porque si sabía español, entonces podíamos acogerla en el Nido. Si no, no.

Era una cuestión importante sobre la que había que indagar, así que me despedí de los demás y me fui a buscar a la Novata. Además, ya había descubierto su nombre: Laila. Porque así la llamaba la Ángela de la Guarda. Pero, para mí, Novata era más acertado.

Los encontré a los tres bajo el cenador, comiendo tamales que habían conseguido vete a saber dónde, porque los miércoles en el comedor del hospital había arroz con pollo.

Estaban cada uno por su cuenta con la cabeza gacha y un libro en la mano.

Qué extraño, pensé, si estaban juntos, ¿por qué no hablaban? ¿Qué sentido tenía hacerse compañía en silencio?

Estuve un rato espíándolos, pero como no hacían nada interesante, volví al Nido, y de vez en cuando regresaba al cenador para echar un vistazo y ellos seguían allí.

No se movieron hasta las cinco, cuando la doctora Carogna fue a llamarlos con su vocecita chillona:

–La hora de visitas ha terminado. Debéis dejar el hospital. Se refería a los dos Ángeles de la Guarda.

Ante esas palabras, los ojos de la Novata se llenaron de lágrimas y la Ángela insistió en ir de nuevo al despacho de De la Torre, que se ve que estaba de buenas porque dejó que se quedaran juntos otra hora. Después, no se pudo hacer más. Los dos Ángeles tuvieron que montarse en su coche, un trasto increíble negro, con el morro largo.

–Vendré mañana por la mañana en cuanto abran las puertas –prometió la Ángela a la Novata.

Esta asintió con unos lagrimones que me encogieron el corazón y se quedó mirándolos hasta que el coche desapareció al otro lado de la verja.

En aquel momento, yo estaba a punto de salir del escondite y presentarme, pero la Novata salió corriendo, entró en el Nido y se refugió directamente detrás de los biombos.

Permaneció allí toda la noche, sin tan siquiera levantarse para hacer pis, y lo peor de todo es que la oímos sollozar, **SNIFF, SNIFF**, en la oscuridad.

Pensé en animarla con una broma, pero Carlos me dijo que era mejor que no y quizá tuviera razón.

Aquellas lágrimas me produjeron demasiada tristeza, así que me fui a dormir a la ferretería, yo solo, como siempre.





Al día siguiente, a las ocho en punto, empezó el horario de las visitas médicas en la unidad. De la Torre llegó con un grupo de médicos que se agolparon alrededor de mi cama haciéndome un millón de preguntas sobre mí y mi «problema».

Todo había comenzado un año y medio antes, es decir, poco después de que mi familia se trasladara de Perú a Buenos Aires (en Argentina, un lugar muy bonito donde tenía un montón de amigos). Una tarde estaba montando en monopatín por los pasillos de la embajada, que es algo que está prohibido, pero que es muy divertido, de no haber sido porque, de pronto, acabé en el suelo con una brecha en la cabeza.

Me llevaron a urgencias y cuando una doctora me preguntó cómo me había caído, yo le respondí con la verdad:

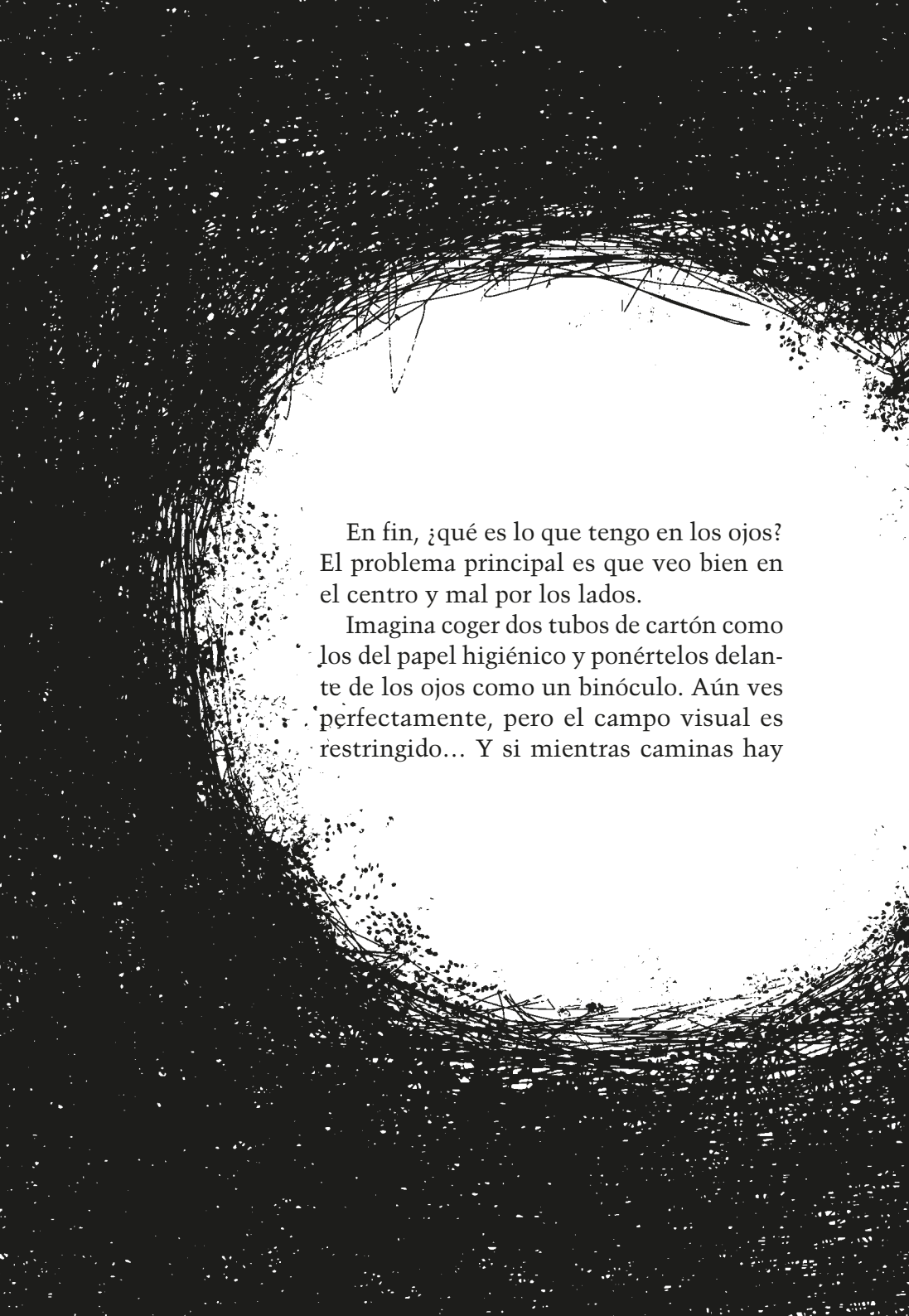
–Había una banqueta y no la vi.

Algo normal para mí, pero no para ella. Habló con mi madre y la convenció de mandarme al oftalmólogo. Que me derivó a otro médico y así sucesivamente.

Hasta que el último de la serie dijo:

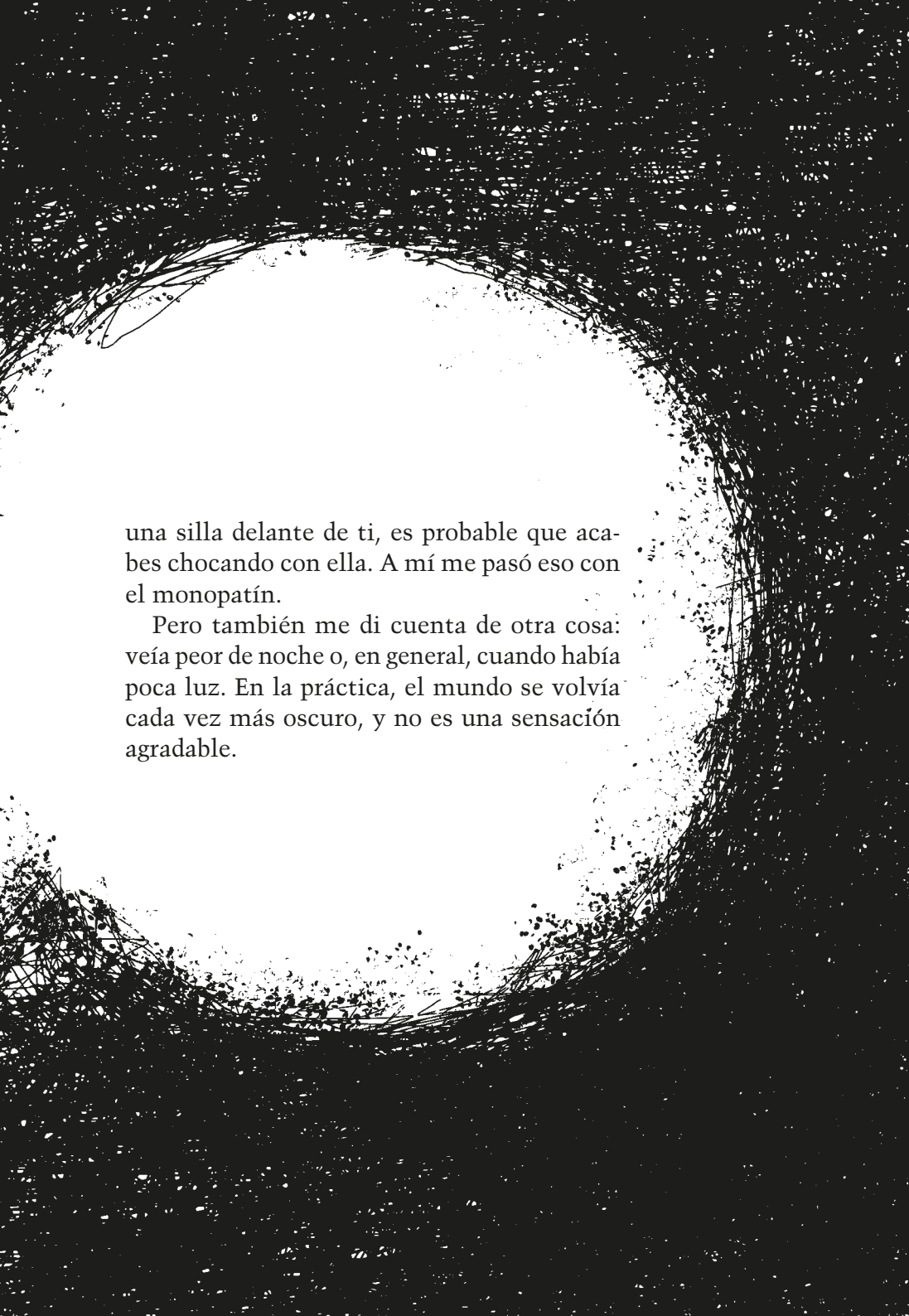
–El problema no está solo en los ojos.

De esta manera, terminé ante el profesor De la Torre, que es un experto en enfermedades neurológicas raras (el nombre oficial del hospital Santo Toribio es Instituto Nacional de Ciencias Neurológicas).



En fin, ¿qué es lo que tengo en los ojos?  
El problema principal es que veo bien en  
el centro y mal por los lados.

Imagina coger dos tubos de cartón como  
los del papel higiénico y ponértelos delan-  
te de los ojos como un binóculo. Aún ves  
perfectamente, pero el campo visual es  
restringido... Y si mientras caminas hay



una silla delante de ti, es probable que acabes chocando con ella. A mí me pasó eso con el monopatín.

Pero también me di cuenta de otra cosa: veía peor de noche o, en general, cuando había poca luz. En la práctica, el mundo se volvía cada vez más oscuro, y no es una sensación agradable.

De la Torre me examinó durante mucho tiempo, disparándome lucecitas a los ojos y mandándome hacer los típicos ejercicios extraños como tocarme la punta de la nariz con el dedo. Después, sus ayudantes apuntaron en el historial un montón de pruebas más para los días siguientes y se fueron.

Un muchacho gordo apareció detrás de los biombos y me miró.

–El primer día siempre es, como, en fin, siempre es, en fin, siempre, no fácil, en fin, duro –dijo. Bufaba y se comía las palabras, no conseguía entenderle casi nada.

–Cállate, Jordi, tengo jaqueca –prorrumpió otra chica, y él salió corriendo sin añadir nada más.

Cuando mamá vino a verme a las nueve, puntual, por poco no me eché a llorar.

Nos refugiarnos en el jardín y seguimos como el día anterior, es decir, nos quedamos bajo las buganvillas y ella me leyó la novela en finlandés que se titulaba *Taikurin Hattu*, «el sombrero del mago,» y que hablaba de los Mumin, que son criaturas graciosas, blancas y tiernas.

A las cinco, la doctora Gonzales avisó de que el horario de visitas había terminado y me resigné a pasar otra noche sola.

Fue peor que la primera.

El chico que hablaba extraño se encontró mal y hubo todo un tropel de gente que corría. Lo veía desde detrás de los biombos como un espectáculo de sombras chinas.

Cuando la situación se resolvió estaba tan alterada que no conseguía dormirme.

Después, pasado un tiempo, empecé a sentir un ruido extraño, como si escarbaran ruidosamente justo debajo de mi espalda. Pero ¿qué era? ¿Un ratón? ¿Insectos que se arrastraban? ¿Escarabajos?

–¿Quién es...? –susurré en el silencio de la habitación.

Lentamente me estiré hasta el borde y miré hacia abajo, pero en el suelo solo estaba mi maleta.

Quizá, pensé, fuera mi imaginación.

Volví a meterme en la cama y, tras un instante, el ruido empezó de nuevo.

–¿Quién es? –balbuceé–. ¡Para ya, por favor!

En cambio, el ruido se volvió cada vez más fuerte y poco después se añadió una especie de aullido:

–¡uuuuuuuuuuuuuuuuuuuh!

No hay muchas criaturas en el mundo capaces de hacer un grito parecido: los fantasmas, que no existen; los lobos, que no están en los hospitales.

O bien los niños estúpidos cuando quieren gastar una broma.

–¡uuuuuuuuuuuuuuuuuuuh! –insistió la voz de debajo de la cama.

La primera vez me había movido despacio, por eso ahora intenté ser rápida.

Retiré las sábanas, caí sobre el suelo de un salto y metí una mano por debajo de la red.

Agarré algo que se parecía a un pie desnudo. Apreté fuerte.

–¡Ey! ¡Qué haces! ¡Déjame!

–Y un cuerno te voy a dejar –respondí en español.

–Mira que muerdo.

Me pareció algo muy estúpido, puesto que lo tenía agarrado por el tobillo y habría tardado menos en darme una patada. Me eché a reír.

–¿Por qué te ríes? Tonta.

–Tú eres el tonto.

–No, tú.

En ese momento le clavé las uñas en la piel. El fantasma de debajo de la cama se intentó zafar; no quería que huyera, así que tiré de él.

Salieron un pie y un tobillo, después el borde de un pantalón, toda la pierna, una camiseta y, finalmente, un chico.

Tenía más o menos mi edad, la piel oscura, el pelo corto y negro y un increíble par de orejas de soplillo.

Me habría gustado fijarme en otra cosa, pero no veía muy bien en la oscuridad.

–¿Quién eres? Y ¿por qué quieres asustarme?

Estaba muy enfadada. Ya era lo suficientemente difícil pasar la noche en aquel horrible lugar...

–¿Y bien? –insistí.

–Ufff –respondió–. Porque sí. Me apetece.

Se puso de pie para liberarse de mi agarre. Después, se dio la vuelta, me sacó la lengua y desapareció tras el biombo.

–Oye, ¡espera! –intenté detenerlo–. ¿Qué quieres de mí? ¿Quién eres?

Oí cómo se reía desde el otro lado.

–Soy El Rato –dijo.

Se oyó el ruido de sus pasos, corriendo, a través de la sala (me lo imaginé saliendo disparado hacia la puerta), hasta que se deslizó al patio.

Fuera, en la noche, en compañía del viento y de la luna.





Cada vez que llega alguien nuevo al Nido, los doctores están siempre a su alrededor, todos felices como niños el día de Navidad.

Por esta razón, la Novata tenía el aliento de todos sobre la nuca. Sobre todo, el de De la Torre y sus fieles ayudantes, es decir, el doctor Fernández y la doctora Carogna. Cada mañana esos tres tenían una novedad especial apropiada para ella: tomaban muestras, le hacían análisis de sangre o electroencefalogramas, que es cuando te ponen un casco en el cabeza lleno de sensores y después una máquina escribe sobre una hoja los garabatos del cerebro. O algo así.

A mí, nunca me habían hecho un electroencefalograma, ¡y pensar que vivía en el Santo Toribio desde que nació! Así que estaba un poco celoso.

Sin embargo, por aquella época estaba aún más celoso de sus Ángeles de la Guarda. Ella los esperaba cada mañana y pasaba todo el día con ellos. Además, siempre le traían un montón de regalos, por ejemplo, helados buenísimos que ella se comía enteros sin ofrecer ni siquiera un mordisco.

Pero lo más bonito era una cajita de metal con botones y un cable con cascos. Dentro ponía las cintas de casete y podía escuchar música durante una hora, o dos, ¡con pilas!

Lo llamaba walkman. Y a mí me habría gustado muchísimo probarlo, así que cuando la Novata se ponía a escuchar, yo intentaba merodear a su alrededor. Vete a saber, quizá se distraía y yo conseguiría cogérselo prestado.

Una tarde, me la encontré a solas. Estaba bajo el porche del alojamiento de los enfermeros, sentada en uno de los bancos, leyendo un libro. Era gordo, con una cara terrorífica en la portada y la inscripción «Stephen King» y también *The Stand*, que yo no sabía qué significaba.

En el asiento que había a su lado estaba el bolso de tela y, encima, el walkman. Todo triste y apagado, solo solito.

El banco estaba contra la pared, así que no podía acercarme por detrás, pero podía aproximarme como si nada, agacharme, cogerlo y salir corriendo. Ella estaba leyendo, quizá ni siquiera se daría cuenta; de todas formas, yo podía correr más que una chica.

Me fui arrimando poco a poco y la Novata no se movió, entonces me armé de valor y me acerqué aún más.

Cuando me faltaba un pelo, en el último momento, ella saltó y me agarró el brazo.

¿Qué iba a hacer yo?

La saludé.

—Hola, Laila.

—¡Te he pillado! ¡Ahora huirás!

—¿Por qué debería huir?

Realmente tenía curiosidad.

—La otra vez intentaste gastarme una broma y yo te di una lección.

—¿Cuándo?

—Cuando estabas debajo de la cama.

No me parecía que hubiera ocurrido *justo* así.

—¡Y ahora querías robarme el walkman!

—¿Por quién me has tomado? —protesté—. No soy un ladrón. Es más, quizá la ladrona eres tú, porque yo tengo un walk-

man igualito a este y, mira qué casualidad, no lo encuentro desde aquel día.

Ella se mordió el labio, después replicó:

–¡No es verdad! ¡Tú nunca has tenido un walkman!

–¡Claro que sí! Y si me lo das te lo demuestro.

De esta manera, al menos podía tenerlo en la mano por una vez.

–¡Ni hablar! Y, por cierto..., ¿cómo sabes mi nombre? Antes me has llamado Laila.

En aquel momento me entraron ganas de reír.

–Es fácil –dije–. Conozco a todos los de la unidad de Pediatría. No es que seamos muchos.

Me lanzó una mirada de sospecha.

–¿También eres un paciente? Entonces ¿por qué no llevas el pijama?

–Tengo un permiso especial –respondí–. Yo prácticamente vivo aquí desde siempre. Debes saber que soy un paciente muy particular. Un caso muy interesante. ¡Único en el mundo! Los mejores médicos están escribiendo libros sobre mí.

–No pareces enfermo.

–Podría decir lo mismo de ti.

–Eso es verdad. Pero si realmente eres un paciente, entonces ¿por qué no duermes en la unidad con nosotros?

Ahí estaba, había solo una cosa que no soportaba, y eran las preguntas, en especial sobre mi vida privada.

### SOBRE MI SECRETO.

–Lo prefiero así. Y puedo hacerlo porque soy hijo de un médico. No pongas esa cara, también los hijos de los doctores enferman, ¿sabes?

Tenía la impresión de que aquella chica no me creía, entonces levanté la nariz con aires de importancia:

–Mi nombre es Juan Pablo Brown Mamani.

–El primer apellido es el del padre, ¿no? Y el segundo, el de la madre.

–Claro –respondí. Me parecía de lo más normal. En Perú siempre es así.

Ella parecía sorprendida. Mientras tanto, había metido el walkman en el bolso y lo agarraba contra el pecho. Mi esperanza de poder cogerlo se había esfumado.

–Espera un momento. Si el primer apellido es el de tu padre, y tú eres Brown, ¿quiere decir que eres el hijo del doctor Brown? –Laila inclinó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse, lo que, debo decir, fue bastante antipático por su parte–. ¡No es posible! El doctor Brown debe de tener más de noventa años. No puede ser tu padre.

–Pues lo es.

–No te creo...

–Pues es verdad; es más, si te convengo, a cambio tienes que dejarme escuchar una canción con el walkman. ¿Qué dices?

Lo pensó por un instante.

–Vale.

Sabía que en aquel momento el doctor Brown daba unas cabezadas en Neuromotricidad; de hecho, lo encontramos justo allí, tumbado en un colchón cerca de las espalderas y demás instrumentos del gimnasio: balones medicinales, esterillas de gimnasia, etcétera.

En efecto, era un señor muy anciano, tenía la piel gruesa y brillante, que recordaba a la de las tortugas, y llevaba las gafas sujetas con cinta adhesiva. Estaba jubilado desde hacía un tiempo, pero seguía yendo al Santo Toribio todos los días y los otros médicos le pedían opinión, y no por amabilidad, sino porque era verdaderamente el que más sabía del tema.

–La medicina es cuestión de números –decía De la Torre–. Para ser bueno debes ver a muchos pacientes. Y el doctor Brown los ha visto a todos.

En fin, aunque fuera viejo, era muy competente; de hecho, en cuanto entramos, abrió los ojos.

–¡Papaíto! –lo saludé con entusiasmo–. Mira a quién te he traído.

–Ah, Laila –dijo–. ¿Cómo estás? ¿Te estás acostumbrando a la vida de aquí?

–Bueno..., más o menos.

–Se necesita paciencia, sobre todo al principio. Espero que El Rato te esté ayudando a aclimatarte, pero ten cuidado de no meterte en líos. Mi hijo es un canalla, siempre está enredando...

Empezó a reírse, después, la risa se transformó en un medio ataque de tos.

Comprendí que tendría para rato, así que nos despedimos y nos fuimos corriendo.

–¿Has oído? –pregunté en cuanto volvimos a estar al aire libre–. Te ha dicho también él que soy su hijo. ¿Me crees ahora?

–Te creo. Pero ¿por qué te llama El Rato? Es un mote un poco raro... Significa «el momento», ¿no es verdad?

–Justo eso –murmuré–. Lo inventó mi madre. Ella ya no está.

–Lo siento.

–Ah. Sucedió hace mucho tiempo. De todas formas, mamá siempre decía que mi nacimiento fue el momento más importante de su vida. Decía que cada uno de nosotros tiene un momento que es el más importante de todos, y que un día lo encontraría yo también.

Ella se me quedó mirando como si esperara que dijese algo más, pero en realidad no tenía nada más que añadir. Solo pensaba que por fin me merecía el walkman.

Alargué la mano y Laila lo sacó del bolso. Era realmente moderno y reluciente. En la esquina de plata estaba escrito SONY, y RECORDING WALKMAN. Debajo, sobre la puerrecilla, estaba escrito AUTOREVERSE.

Ignoraba el significado de aquellas palabras, pero me parecían fantásticas.

–Por desgracia, solo tengo una cinta y no es nada especial –dijo Laila–. Una mezcla de rock peruano, ya sabes, los Frágil, cosas de ese estilo.

–Los Frágil me gustan mucho –la tranquilicé. En realidad, no tenía ni idea de quiénes eran.

–¿Tú qué escuchas? Yo en casa tengo montones de discos. Me gusta el rock, como Pink Floyd. Pero también el heavy metal. ¿Has escuchado alguna vez a los Iron Maiden?

–Prefiero a los Frágil.

–Ya, bueno, porque son peruanos. De todas formas, tendré que pedirle al señor Tanaka que me traiga algunas cintas nuevas. Si mientras tanto quieres escuchar esta..., ponte los cascos y aprieta el botón. Es fácil.

Probé a hacer como ella decía, apreté el botón y ¡BUM!

Un solo de guitarra eléctrica me explotó en los oídos, después una descarga de batería tan fuerte que mi cerebro retumbó.

En aquel preciso instante descubrí dos cosas muy importantes.

La primera era que los Frágil me gustaban de verdad.

Y la segunda, que también me gustaba Laila.





Conocer a El Rato fue lo mejor que me podría haber pasado.

Era un poco más alto que yo y delgado, con la piel oscura y rasgos indígenas: un mestizo cholo (que es una palabra un poco ofensiva, aunque los peruanos la usen muy a menudo).

A veces me parecía que estaba un poco chalado. Pero no conseguía estar lejos de él. Como un imán y un trozo de hierro.

La tarde después del asunto del walkman, en cuanto se fueron mamá y el señor Tanaka, me lo encontré a mis espaldas todo sonriente.

–¿Libre por fin? –me preguntó.

Se convirtió en nuestro pequeño ritual. Cada día, en el aparcamiento desolado, en cuanto el coche de la embajada se llevaba a mi madre y, con ella, mi antigua vida, llegaba él.

–¿Libre por fin?

Como si hubiera tenido que estar contenta de estar allí, sola, en el Santo Toribio.

–Pero si estás sola es por tu culpa –me dijo en un momento dado–. En todo este tiempo aún no has conocido el Nido.

–¿Qué nido?

El Rato se echó a reír y me llevó a la unidad de pediatría, llena de niños.

–¡Tachán! ¡Bienvenida al Nido! –dijo.

Estaba un poco desilusionada. Vete a saber qué esperaba encontrar.

Después, todos se giraron hacia mí y me sonrieron. Era la primera vez que sucedía desde que estaba allí.

–Señoras y señores –anunció El Rato–, ¡la Novata ha decidido entrar a formar parte de la familia!

Estalló un gran aplauso. El chico que iba en silla de ruedas se puso a hacer piruetas, la niña con la cara rara saltó de la cama y corrió a darme un abrazo.

–Eres una princesa, ¿verdad? –me preguntó–. En cambio, Bert piensa que eres una *pipломática*.

Le acaricié el pelo (Vete a saber de qué estaba hablando), después hubo una ronda de presentaciones: Mila, Carlos, Carmelita, Álvaro, Bert, Adrián, Cisco, Fortuna, Jordi, Pía...

Sabían un montón de cosas sobre mí, como que me gustaba leer y que era extranjera, aunque hablase español, y que mi padre era diplomático.

Sus atenciones me hicieron sentir culpable, porque yo no me había interesado por ellos en absoluto. Para mí eran «cabeza grande», «sábana sobre la cara» y cosas por el estilo.

Qué estúpida había sido.

–¿Quieres jugar a las cartas? –propuso Carlos, sacando un mazo arrugado.

–No sé cómo se hace –respondí.

–¿Ni siquiera sabes jugar a Truco?

–Truco es fácil –dijo Mila.

–Truco es, es, algo, en fin, Truco es, en fin, yo, Truco, no sé jugar –comentó Jordi, desconsolado.

–Sin ofender, amigo, para ti también es difícil subirte la cremallera de los pantalones. Estoy seguro de que Laila podría aprender. Intentémoslo.

Así que me enseñaron las reglas. Se jugaba solo con tres cartas y luego había que decir «Envido» o «Truco», y los

demás podían responder «Quiero», es decir, acepto, o «No quiero», es decir, no acepto, y se contaban los puntos de una forma un poco complicada, por eso lo hacía Carlos.

De todas formas, gritar «¡Truco!» era divertido y nos pasamos así toda la tarde.

Descubrí que cada uno estaba en el hospital desde un momento distinto: Mila, once días; Fortuna, catorce; Bert, ya un mes. Y había quien había cumplido ya varios ingresos, como Carlos, que había llegado al Nido un día antes que yo, pero no era su primera vez.

En general, ninguno sabía cuándo volvería a casa y, mientras tanto, El Rato había sido elegido comandante de la banda. Esto se debía a diversas razones: solo para empezar, llevaba más tiempo en el hospital que ningún otro (desde siempre, había dicho Fortuna). Además, no estaba obligado a ponerse el pijama, ni a dormir en la unidad, y a las ocho no tenía que soportar el suplicio de la ronda de reconocimiento.

El Rato lo sabía todo, conocía a todos, era libre de hacer como le apetecía.

Intenté descubrir más cosas sobre él hablando con los chicos, pero cada uno tenía una explicación diferente.

–Es que es hijo de un médico.

–A mí me ha dicho que es un *príncipe* de incógnito.

–Qué va, es que una vez el director estuvo a punto de morir asfixiado y él le salvó la vida con una maniobra; desde entonces, lo adora.

–El Rato es, como, El Rato es, bueno, como, ¿qué estaba diciendo?

Había renunciado enseguida a preguntarle directamente a él. No había manera de hacerle hablar, se inventaba siempre algo absurdo para distraerme.

Como el domingo en el que mamá llegó más tarde de lo habitual y cuando se bajó del coche dijo:

–Tengo una sorpresa.

En el asiento estaba mi amiga Ana.

También ella era hija de un político, y en Lima íbamos juntas al colegio y compartíamos pupitre. Me resultaba simpática también porque era la única chica a la que conocía que, al igual que yo, tenía que pasar las tardes entre cenas oficiales y aburridos cócteles de gala, diciendo cosas como «Encantada» y «Exquisito» y «Qué honor».

Entre unas cosas y otras, no la veía desde hacía bastante tiempo, así que corrí a abrazarla, y después me di cuenta de que se sentía violenta.

–¿Por qué... vas... en pijama?

–Aquí van todos en pijama. Es un hospital, ¿sabes? –dije.

–Ah. ¿Me enseñas tu habitación?

Me sonrojé, mamá le explicó:

–Laila no tiene una habitación privada porque, por desgracia, no hay. Pero hemos encontrado una solución agradable, con biombos. ¿Quieres enseñarle a tu amiga dónde duermes?

Obviamente no, no quería. Me imaginaba la cara de Ana al ver a los chicos del Nido. Se habría agarrado a la puerta justo como me había pasado a mí la primera vez.

–Quizá más tarde... ¿Vamos debajo del cenador? ¿Charlamos?

–Eso es, buenas chicas, mientras tanto, yo aprovecharé para hablar con el profesor De la Torre.

Sabía que mamá estaba nerviosa porque aún no habían descubierto qué tenía y había pasado ya un cierto tiempo y aquí seguía... Empezaba a no fiarse demasiado (si es que se había fiado alguna vez).

Así que la observé cómo se iba y me senté junto a Ana en un banco. Balbuceé que echaba de menos mi casa e incluso la escuela. Ella se rio con picardía:

–Claro.

Después me contó las últimas novedades, como que Eva se había emparejado con Aldo, y que Diego había hecho un

papelón durante el ensayo de música y cosas así. Me esforcé por parecer interesada, pero la verdad es que me aburría mortalmente.

Por suerte, pasados unos minutos vi a El Rato, o, mejor dicho, él nos vio a nosotras. Saltó el arbusto y nos dedicó una gran sonrisa.

–Hola, Laila, ¿quién es tu amiga?

–Soy Ana.

–El Rato.

–¿El... momento?

–¡Y qué momento! –asintió él.

–Ana es una compañera de la escuela. El Rato vive aquí, como yo.

–¿Eres un paciente? –preguntó Ana, observando horrorizada su ropa y sus pantuflas llenas de polvo.

–Desde que nací –exclamó él con alegría–. Soy un caso muy raro. ¿Te ha presentado Laila a los pirados?

–¿A... quién?

–A los chicos del Nido. Impresionan un poco, pero son buena gente. Pero ten cuidado con Carmelita, últimamente tiene la manía de hacerse pis por todas partes. Si te acercas demasiado, podría salpicarte el vestido.

Ana palideció y en cuanto volvió mi madre dijo que no se encontraba bien y que si podía acompañarla a casa.

Yo me enfadé mucho con El Rato. ¿Qué le costaba ser más amable?

Pero él se encogió de hombros.

–Se te notaba un montón que estabas hasta las narices. –soltó–. Además, confía en mí, es mejor así. La gente de fuera no nos comprende. Somos los enfermos, y ellos, los sanos. Es como una barrera, ¿entiendes? Te he ahorrado horas y horas de aguantar a tu amiga y sus estupideces.

–Ana no está tan mal. ¿Nunca has tenido un amigo fuera del hospital?

-¡Tengo muchísimos!

-Y ¿quiénes son?

-Quizá algún día te lo contaré. Mientras tanto, ven al Nido. Tengo una idea fantástica.

-¿Qué idea?

El Rato sonrió y me cogió de la mano.

-¡Ven y lo descubrirás!